

Cartografías del territorio chileno desde las exposiciones universales del siglo XIX (1851-1889)¹

Florencia De La Maza Pezo

Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile

fadelamaza@uc.cl

Artículo producido a partir de la tesis desarrollada en el Magíster en Arquitectura.

Profesores guía: Rayna Razmilic Triantafilo y Sebastián Cruz Stuyen

<https://doi.org/10.7764/AA.2024.22>

Resumen

¿Qué pasa cuando se toma el lente sesgado de las exposiciones universales y se lo devuelve al territorio? El presente artículo propone mirar la historia (o historias) de Chile desde sus propios discursos, utilizando la cartografía como metodología para revisar los territorios que ha ido presentando el país en las exposiciones universales del siglo XIX (1851-1889) desde la forma y el contenido. Estudiar las exposiciones es una manera concreta de revisar posturas territoriales y geopolíticas del país y cómo estas han cambiado en el tiempo. La cartografía permite entablar esas nuevas asociaciones al abordar gráficamente cualquier tipo de fenómeno discursivo, de naturaleza concreta o abstracta. Si bien, cada discurso que ha adoptado Chile en el marco de las exposiciones universales, es indicativo de intereses de una temporalidad específica, se ha mantenido la necesidad de asegurar su posición dentro del propio territorio y el mundo, asociándose a ciertos objetos y sistemas constructivos. Durante el siglo XIX, cuando el Estado nación aún no se conformaba, Chile aún no implementaba un discurso deliberado respecto a su territorio. Las exposiciones encarnan esos cambios, siendo contemporáneas a la conquista militar de la Araucanía entre los años 1852 y 1887, y a los primeros levantamientos cartográficos, botánicos y minerales en manos de los naturalistas. Por otro lado, el Pabellón París —el primer pabellón chileno— representa una visión geopolítica enfocada en mimetizarse con el primer mundo. El artículo invita a mirar hacia atrás y reconocer los patrones de la fisonomía del territorio, que al reunirse, construyen algo mayor.

Palabras clave: territorio, cartografía, imagen país, exposición universal, discurso territorial.

En ojos extranjeros, la palabra Chile despierta un imaginario conocido: una larga y estrecha nación latinoamericana, geográficamente aislada por sus barreras naturales. La imagen canónica del país repercute incluso en la arquitectura, con su imagen exportable de volúmenes posados sobre paisajes deslumbrantes. Este discurso asociado al territorio chileno se consolidó a través de diferentes estrategias y plataformas, dentro de las cuales las exposiciones universales han sido sustanciales. Por más variables que sean las temáticas de una exposición universal, la operación es casi siempre la misma: levantar un conjunto de pabellones —u objetos— que puedan dar a conocer las expresiones de cada cultura, sus productos y sus adelantos tecnológicos. La muestra y los pabellones siempre remiten al territorio, y son tanto formas de representar la realidad como también de producirla y sostenerla. Según la Bureau International des Expositions, la organización intergubernamental encargada de supervisar y regular estos eventos, Chile ha participado quince veces², ya sea sólo con una muestra o con una muestra acompañada de un pabellón.

Desde su primera participación hasta hoy, las zonas, elementos y límites que Chile presenta desde las exposiciones son cambiantes y encarnan —consciente o inconscientemente— problemáticas mucho más complejas, que conciernen a la manera en que sostiene y reafirma su soberanía y posición geopolítica. La noción contemporánea del mundo es inseparable de los estados territoriales: basta con ver cómo se compone el mapa político mundial. Sin embargo, el Estado se encuentra en una situación de permanente inseguridad: los escritos clásicos de Maquiavelo del siglo XVI y los de Clausewitz del siglo XIX así lo demuestran, estableciendo las diversas medidas que se inscriben en una política de poder que garantiza la supervivencia del Estado más fuerte. Como señala Wendy Brown (2010) en su libro *Walled States, Waning Sovereignty*, la soberanía del Estado se ha vuelto cada vez más frágil en la era de la globalización, donde el poder y la influencia son cada vez más difusos y difíciles de controlar dentro de los límites de las fronteras territoriales tradicionales. Chile también padece de esa fragilidad y, frente a la amenaza de que deje de existir, surge su necesidad de reinventarse.

En la actualidad, el límite político de Chile pareciera haberse establecido como la forma definitiva del país. Sin embargo, la manera en que concibe y presenta su territorio no es una condición fija: como su definición misma, la imagen que se proyecta dependerá de puntos de vistas e intenciones, pero también de sesgos. La imagen-país, ese concepto que ha permeado las relaciones exteriores de Chile y se ha encarnado en las exposiciones universales, así lo constata. Como en todos los estados nacionales, los límites actuales del país son el resultado de diversos procesos históricos, disputas bélicas y tratados internacionales que han ido configurando su territorialidad desde incluso antes de su independencia, de su colonización o de su “descubrimiento”. El límite político es una

representación que se ha visto reforzada por la habitualización, hasta que aquello que alguna vez fue construido se toma por natural. Pese a su supuesta neutralidad, al igual que todo discurso, su significado puede ser creado, alterado y borrado (Corboz 2004, 4). Según Carla Lois (2019, 214), el concepto de límite lineal está vinculado al surgimiento de los estados modernos, dentro de un contexto en el que los mapas comenzaron a considerarse documentos jurídicos ante los litigios internacionales, siendo que anteriormente, los mapas históricos se pensaban como meros dibujos.

La cartografía como método —entendida como una “representación gráfica que facilita el conocimiento espacial de las cosas, conceptos, condiciones, procesos o eventos que conciernen al mundo humano” (Harley y Woodward 1987, xvi)— nos presenta una oportunidad de lectura: los mapas elaborados desde el contenido de las exposiciones universales son una forma de leer la historia. Reflejan momentos decisivos en el territorio y en el relato de Chile y, a la vez, construyen un correlato del problema de la soberanía nacional.

LOS REDIBUJOS DE CHILE

Contrario al esfuerzo que significa planificar una exposición universal, en que se resuelve el modo de llevar el territorio al pabellón o muestra, las cartografías evidencian cómo se desprende el territorio de la exposición, ya modificado y deformado. Si en las primeras cartografías de América, las borraduras del dibujo resultaban de presumir como incógnito a todo un territorio, desde el lente parcial de las exposiciones universales, las borraduras del territorio chileno vienen de una deliberada intención sobre qué se quiere mostrar y qué no. La creación de una imagen idealizada de la nación y su cultura, a menudo basada en símbolos nacionales y narrativas históricas compartidas, es lo que Wendy Brown (2010) atribuye como una forma de validación del Estado. Las cartografías serán la clave para comprender las intenciones detrás de la imagen-país del siglo XIX, abordando gráficamente cualquier tipo de fenómeno discursivo en tiempo y espacio, ya sea este de naturaleza concreta o abstracta, de modo dinámico o estático, cualitativo o cuantitativo. Según James Corner (2014 [1999]) los mapas permiten entender el terreno apenas como la expresión visible de un embrollo complejo de procesos sociales y naturales, invitando a generar nuevas conexiones entre campos.

En este artículo se exponen dos tipos de mapas: uno que abarca un encuadre ampliado (un *zoom out*) que presenta la escala máxima de lo representado desde la participación de Chile en las exposiciones universales del siglo XIX; y otro que hace un acercamiento (un *zoom in*) que entra en detalles específicos de cada caso³. En ambos priman enfoques distintos; los *zoom out* se centran en la posición geopolítica de Chile y su valor en el tablero mundial, mientras que el *zoom in* representa cómo Chile sostiene y visibiliza su propia soberanía en distintos fragmentos de su territorio.

Frente al dilema de cómo representar la curvatura de la tierra en una superficie plana y abstracta, los sistemas de proyección de los mapas cargan con connotaciones inesquivables: en algunos, las distorsiones espaciales, o la dominación incuestionable del norte en el eje superior, perpetúan jerarquías y relaciones de poder entre naciones ya que muchos fueron elaborados en una era de hegemonía política occidental y de expansión del Norte Global. El mapa Mercator, según Lois (2019, 211), revela una intencionalidad geopolítica de corte imperialista que deliberadamente impone un imaginario asimétrico en sus relaciones de poder. Más allá de su contenido, la forma cartográfica revela información sobre el tipo de cultura que produjo esas abstracciones y sobre cómo concibe el mundo. El mapa político es un filtro que, a pesar de mostrarse racional y objetivo, nunca será neutral. Este es el punto de partida desde dónde Chile se sitúa y cuya imagen quiere constantemente reestablecer.

UNA SALIDA EN FALSO:

¿QUIÉN REPRESENTÓ A CHILE EN 1851?

El entusiasmo por la primera Gran Exposición, llevada a cabo en Londres el año 1851, fue unánime. Los participantes de diversas partes del mundo expusieron sus muestras en el Crystal Palace de Paxton, envueltos en un delirio de progreso producto de la revolución industrial (Merryweather 1851). Mientras los países desarrollados demostraban su poder e intereses expansionistas, los países latinoamericanos se presentaban ante un público que apenas los conocía, limitándose sus aspiraciones a convertirse en proveedores de materias primas, en pos de los avances del primer mundo. Chile fue invitado a participar de este evento y, efectivamente, hubo una muestra bajo el nombre de la nación. Sin embargo, no fue el país el que se presentó. En el catálogo oficial de la exposición aparece un solo exponente en su nombre: Schneider and Co., una empresa inglesa que llevó a la exposición un enorme trozo de oro de 152,4 kg (*Catalogue of the Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations* 1851)⁴.

Naturalmente, este hecho puede ser desconcertante: el oro no era un material representativo de la minería del país, pero estaba íntimamente relacionado con su historia. En particular, esto se refleja en la llegada de Almagro y Valdivia al territorio chileno, que fue guiada por las exageradas noticias de la existencia de oro en manos de los indígenas. La decepción de la promesa del oro —que hacía pensar que mientras más al sur se emprendía la conquista, más recompensa se obtendría— marcó a Chile como un territorio pobre en comparación a México y Perú. Siglos después, la participación de Chile en la primera Exposición Universal perpetuaría el deseo de presentar a la nación desde una elaborada ficción de riqueza para alimentar las fantasías del público primermundista.

Nunca se pudo comprobar que la muestra presentada por los ingleses en la Exposición Universal de Londres, proviniera de territorio chileno. Por ello, sólo se puede dibujar desde el mito histórico representado por las expediciones de Valdivia y Almagro, las cuales estuvieron impulsadas por la fantasía de encontrar El Dorado en las tierras chilenas (FIG. 01). En ese encuadre, y contemporáneo a la exposición, Chile se situaba en un mapa geopolítico con límites imprecisos. Al norte, Chile se separaba de Bolivia sólo por el desierto de Atacama⁵ (Téllez 1989, 12), mientras que, en el sur, la frontera con Argentina aún no se definía. Si bien ambos virreinos ejercieron jurisdicción allende la Cordillera de los Andes, Chile poseía derechos históricos sobre la Patagonia oriental, pese a nunca haberla anexado. Para los dos países era una tierra de nadie, habitada “por las tribus errantes de los indios”⁶.

¿Y qué sucedía con la riqueza que efectivamente se encontraba en Chile? El cobre y la plata, dos minerales que a mediados del siglo XIX impulsaron la conformación de una nueva elite empresarial, también fueron parte de la muestra que se incluyó, como complemento del oro, a través de una masa de plata proveniente de Chañarcillo y dos piezas de cobre de la mina de Tamaya (*Catalogue of the Great Exhibition 1851 1851*). Sin embargo, estas piezas no fueron parte del catálogo oficial y apenas se registraron en el catálogo extendido. Chile no tuvo un discurso porque éste no se oficializó; Schneider fue el único que llenó la papeleta de inscripción del gran evento. ¿Entonces a quiénes representaban estas piezas anónimas? Sólo a dos familias que encabezaron la emergente burguesía en Chile: los Urmeneta y los Ossa, que controlaban las actividades mineras del norte y se encargaron de proveer los minerales para la exhibición. José Santos Ossa, proveedor de la plata para la exposición, la extrajo del distrito minero de Chañarcillo y José Tomás Urmeneta —el empresario minero cuprífero más importante del siglo XIX— poseía las minas principales de cobre del país (Nazer, 1994).

En efecto, el auge de Chañarcillo impulsó la inauguración del primer ferrocarril en Chile — que corrió desde Caldera hasta Copiapó— precisamente en 1851, para atender a las necesidades mineras de Chañarcillo, el yacimiento más importante de la época (FIG. 02). La mina fue descubierta en 1832, dos décadas antes de la exposición, y significó una fuente de ingreso esencial para Chile y un movimiento importante de bienes y de mano de obra. Para el mundo, el territorio chileno se resumía en Chañarcillo, desde su explotación y el transporte de recursos valiosos, y los obreros que lo trabajaban. Juan Godoy es el pueblo (actualmente abandonado) que se levantó en la cercanía a la mina, en nombre de su descubridor.

En esta anómala primera participación, la representación del territorio nacional quedó reducida a apenas una selección de minas de familias específicas. Desde esa mirada mineral y extractiva, un país

completo fue representado, en su mínima expresión, por rocas, y en su máxima, por yacimientos mineros, en un esfuerzo de agentes privados y extranjeros por promover una supuesta abundancia de metales preciosos y una identidad minera.

DELINEANDO UNA ÚNICA NACIÓN: ANEXIÓN Y CLASIFICACIÓN DEL TERRITORIO EN EL SIGLO XIX

Desde que Chile se estableció como república independiente, se comprendió la importancia de controlar el territorio para ejercer efectivamente su soberanía: explorarlo, conquistarlo y reconocerlo eran tareas de primera importancia. Bajo la jurisdicción del Estado, el país fue delimitado y dividido; se impulsó una organización administrativa en que los accidentes geográficos más importantes sirvieron para marcar los límites de cada provincia⁸. Dividir el territorio de esta forma, no fue un ejercicio técnico neutral, sino un principio político esencial que respondió al razonamiento napoleónico de un Estado nación indisoluble (Taylor y Flint 2002, 183). Desde la cartografía, Chile se dibujó con mayor precisión, usando referentes naturales cuya delimitación ha perdurado hasta la actualidad (FIG. 03). El encuadre del mapa del discurso nacional también se ensanchó en relación con el de 1851, apuntando su soberanía sobre la total extensión de su territorio, el cual tomó una forma cada vez más definida producto de nuevos tratados limítrofes⁹, negociaciones complejas, y contiendas militares.

Sin embargo, a principios del siglo XIX aún hacía falta un conocimiento exhaustivo de las características físicas, culturales y sociales del territorio nacional, situación que los sucesivos gobiernos se abocaron a resolver. Esto llevó a que en 1830 se contratara a especialistas extranjeros —reconocidos naturalistas¹⁰— con el fin de hacer un gran inventario de Chile. Claudio Gay, con su obra *Historia física y política de Chile* (cuyo primer tomo se publicó en 1854, tres años después de la primera exposición universal) generó invaluable información sobre el mundo natural y cultural del país (FIG. 04), sumado a un levantamiento cartográfico de todo el territorio chileno. Desde la escala máxima y mínima, los naturalistas establecieron la primera imagen de Chile (Donoso y Sagredo 2012) estudiada con método científico y moderno, justamente como se mostró en las exposiciones universales de ese siglo.

El impacto en el relato construido fue evidente: en las exposiciones de París, en 1867, y de Filadelfia, de 1876 —en las que Chile participó presentando una muestra, pero sin pabellón— lo principal de la colección nacional fueron sus materias primas, cuya cantidad y variedad fue aumentando con el paso del tiempo. Las muestras del país eran organizaciones similares a los catálogos taxonómicos de los naturalistas: sin jerarquías, con un discurso que se esmeraba en demostrar los nuevos conocimientos levantados de las riquezas que guardaban sus tierras. El público fue seducido con una supuesta infinitud, en que se daba a entender

que permanecía aún sin explotar, a la espera de inversionistas extranjeros y nuevos mercados. La extracción de materias primas fue fomentada a través del ejercicio de repetición y diversidad, sin construir un discurso literal, ya que la realidad estaba en los objetos mismos: cumplían con el fin de mostrarse con objetividad y, a diferencia de lo difundido en publicaciones, podían ser inspeccionados ocularmente por el espectador.

En el caso de la Exposición Universal de París de 1867, el país preparó una muestra fundamentada en minerales y productos metalúrgicos, en árboles nativos y plantas medicinales; es decir, el mapa de Chile se complejizó en comparación a su primera participación. El copioso muestrario consistió en 288 variedades de minerales, 73 tipos de maderas y 123 semillas (*Chile en la exposición universal de París en 1867 1867*). Lo que siguió aumentando en la Exposición Universal de Filadelfia de 1876, con 401 minerales, 51 especies de maderas, una extensa variedad de semillas, 108 tipos de hierbas medicinales y 19 variedades de papas (*Catalogue of the Chilean Exhibition at the Centenary of Philadelphia 1876*). Incluso se exhibió un cóndor y un puma embalsamados (Leslie 1877, 227) junto con una diversa selección de objetos producidos por la industria: fideos, escobas, mariscos, pescados, sedas, entre otros. La selección curatorial de ambos eventos retrató un país que iba conociendo y representando su tierra cada vez con mayor detalle. Chile se dibujaba como una auténtica tierra prometida, un escenario utópico en potencia.

Sin embargo, hubo un sector que inicialmente se mantuvo al margen de la consolidación del Estado nación: Arauco, el territorio en que las personas mapuche ejercían su propia soberanía. La zona fue sufriendo profundas transformaciones político-administrativas en paralelo a las exposiciones del siglo XIX, entre los años 1852¹¹ y 1887¹², período que tardó el gobierno de la nación en anexarlo al sistema de régimen interior. La Araucanía carecía de un buen levantamiento geográfico pues fue imposible, tanto para Gay como para los demás hombres de ciencia, recorrerla y explorarla a cabalidad. Amado Pissis, —geógrafo francés que se encargó, entre otras cosas, de la elaboración de un plano topográfico y geológico de Chile—, argumentó que la falta de información en su planimetría se debía a que “corresponde a la parte del territorio ocupado por los indios rebeldes y en la cual no ha sido posible penetrar” (Greve 1946)¹³. Reinaba la percepción de desgobierno en la Araucanía, una zona que no era provincia de la nueva República y que aún podía decirse que no era Chile. Mientras las exposiciones universales aumentaban el detalle de sus muestras, desde el correlato del territorio, culminó el impulso de “parchar” sus borraduras: en un lapso de 35 años, el Estado conquistó militarmente el territorio y sometió a sus habitantes originarios, consolidando la soberanía estatal en todo el país e integrándola al desarrollo económico nacional.

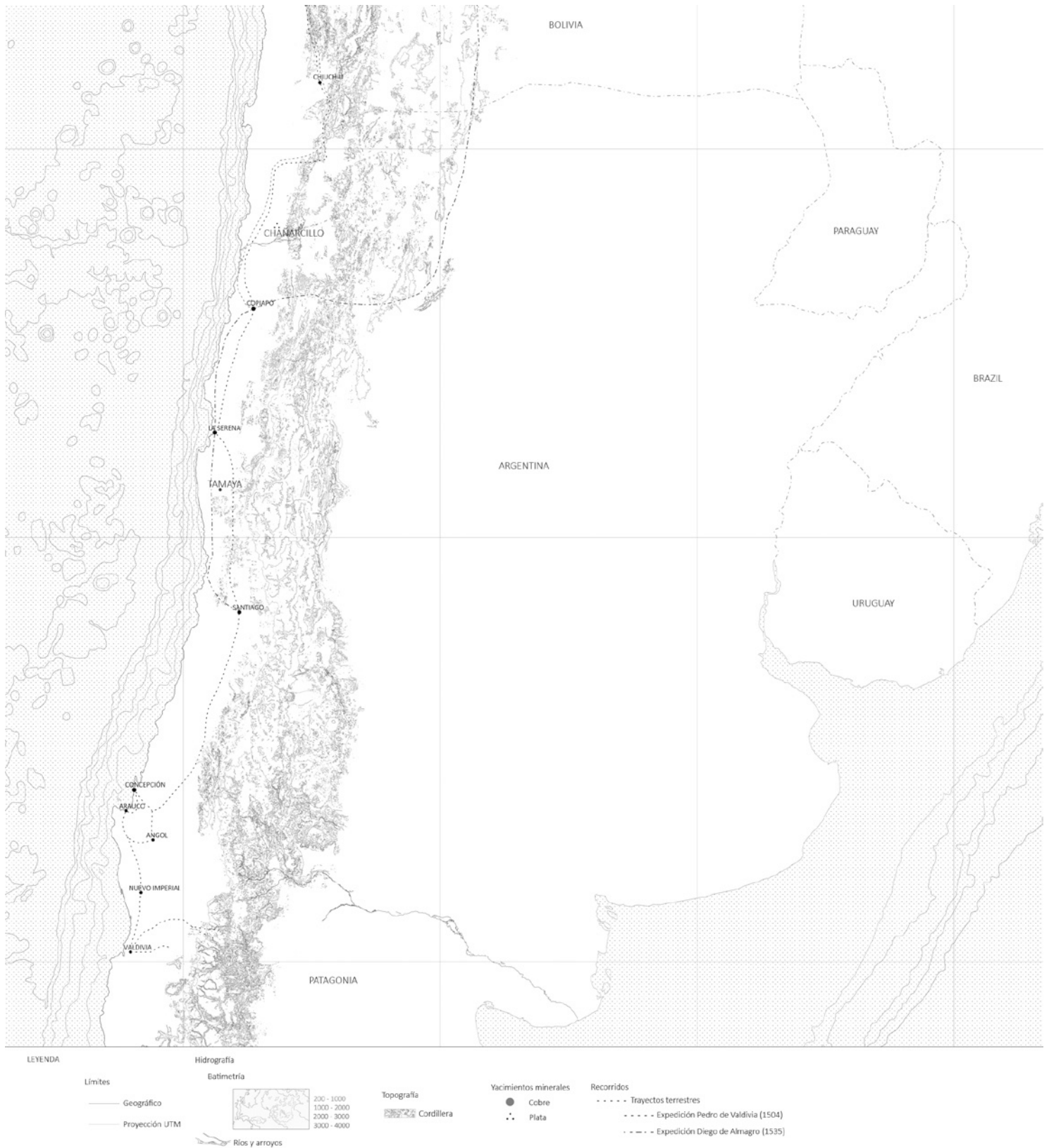


FIG. 01: Cartografía del territorio chileno durante la Exposición Universal de Londres, de 1851, representado desde el mito del oro impulsado por las primeras expediciones de Almagro y Valdivia. (Zoom out). Fuente: elaboración propia

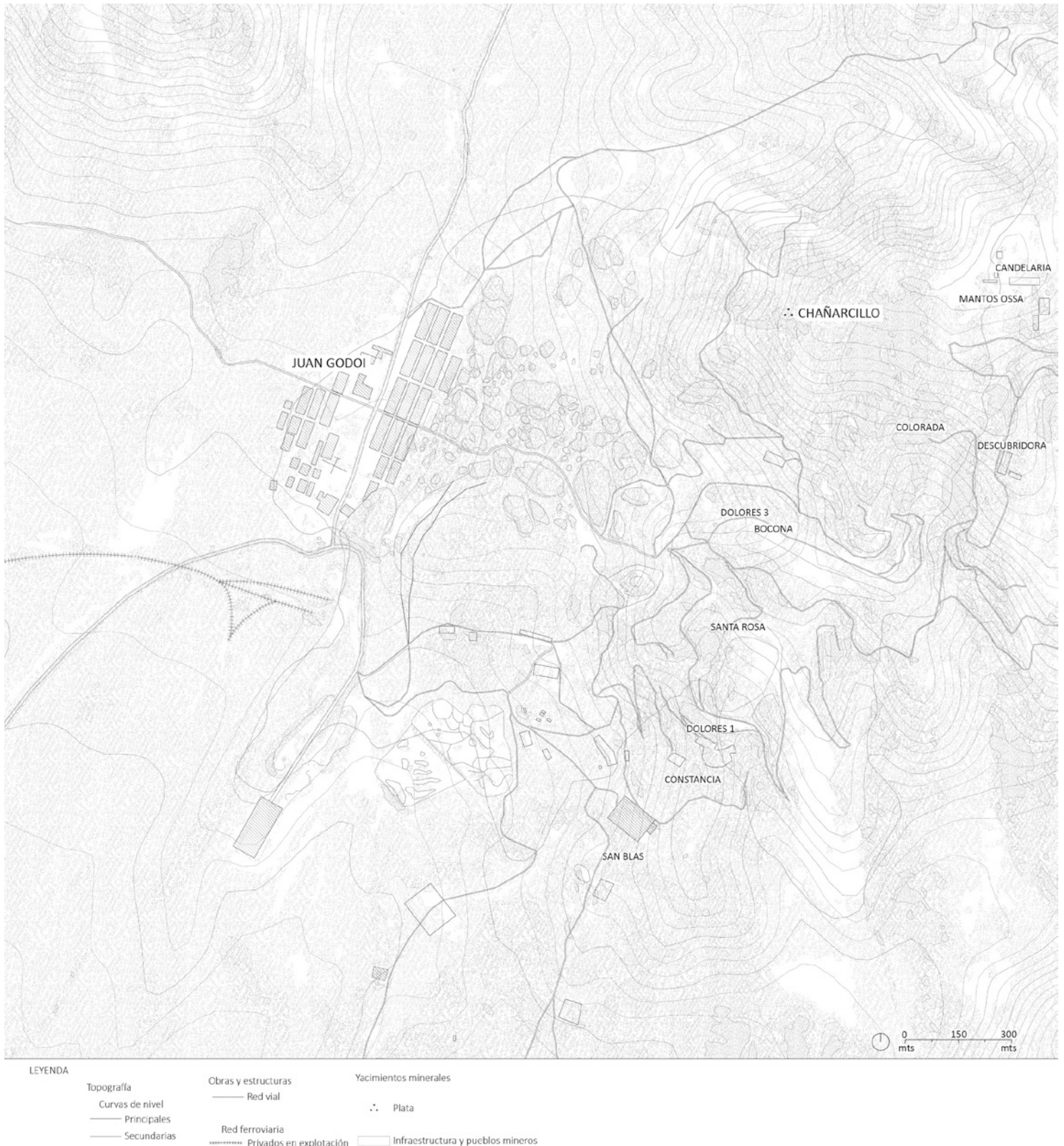


FIG. 02: Mapa de Chañarillo, yacimiento minero descubierto por Juan Godoy en 1832, situado al sureste de la ciudad de Copiapó. (Zoom in). Presentado en la Exposición Universal de Londres 1851. Fuente: elaboración propia.

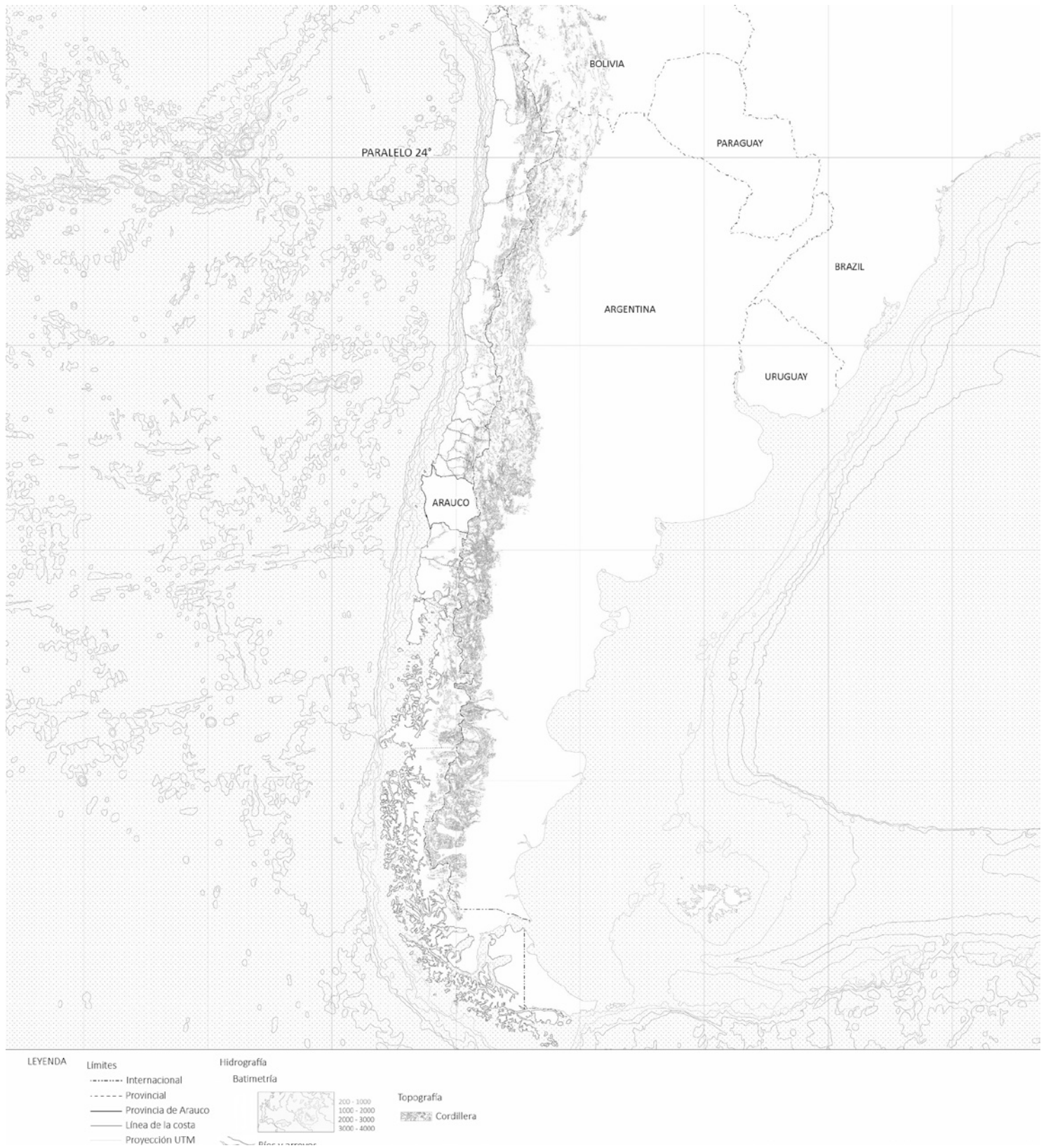


FIG. 03: Cartografía del territorio chileno durante las exposiciones de París 1867, Filadelfia 1876, París 1889. (Zoom out). Dentro de los tratados limítrofes se destaca el primer tratado de límites con Bolivia de 1866, que marca la división entre los países en el paralelo 24°. La provincia de Arauco se representa como una borradura por ser un territorio externo al Estado nación. Los límites internacionales del país que figuran en el mapa son sólo referenciales, estarán vigentes a inicios del siglo XX. Fuente: elaboración propia.

Tras la toma de la ciudad de Villarrica por parte del coronel Gregorio Urrutia en 1883, se dio por concluido el proceso de conquista de La Araucanía. Su transformación finalizó, desde el punto de vista político administrativo, con la creación de las provincias de Malleco y Cautín en 1887, consolidando el régimen provincial en la región (González y Bernedo 2013). Inmediatamente hubo una implementación de infraestructura dentro del territorio nuevo: un plan de obras públicas, que incluyó construcción de caminos, líneas de ferrocarril y telegráficas, la fundación de ciudades y creación de escuelas. Símbolo de este cierre fue el momento en que el ferrocarril llegó a Temuco, proyectándose hacia el sur. Para garantizar el ejercicio de la soberanía del Estado chileno en el territorio recién conquistado, incluso se implementó una ley de inmigración de colonos europeos a las nuevas tierras del Estado. Los *zoom in* de las exposiciones del siglo XIX (FIGS. 05-07) presentan un territorio colonizador de sí mismo, en que el ferrocarril jugó un papel fundamental. La planimetría de estas infraestructuras¹⁴ (junto a mapas del territorio) fue un complemento importante de la muestra chilena en las exposiciones universales de la época, ya que simbolizaban la aclamada modernidad y progreso nacional, pero a la vez encarnan la lógica de un sistema expansionista —otra forma de ejercer el poder por parte del Estado en el territorio bajo su jurisdicción—. La imagen cartográfica presente en las exposiciones universales era un espectáculo sintomático de las necesidades que debía satisfacer: la exhibición, la propaganda y su consolidación en el imaginario colectivo (Lois 2012, 14).

No es coincidencia que se publicara en menos de una década de la conquista el primer manual de geografía de Chile que se editó en el país: la *Geografía descriptiva de la república de Chile* que Enrique Espinoza publicó en 1890, en que no sólo se cartografiaron cada una de las provincias del país, sino también las líneas de ferrocarril existentes con especial conciencia de la dilatación de la presencia de lo nacional hacia la Araucanía. Como el autor lo afirma en las palabras que encabezan su compendio, no existía ninguna obra que describiera en conjunto y en detalle el país “ahora que ha enriquecido su territorio, reformando su división administrativa, y dado mayor ensanche a todo lo que constituye su vitalidad” (en Sagredo Baeza 2013, xiii).

LOS EUROPEOS DE LATINOAMÉRICA: EL PABELLÓN DE CHILE ES UNA OBRA FRANCESA

La discusión principal para los organizadores de la participación de Chile en la Exposición Universal de París de 1889 se centró en un nuevo desafío: definir cómo sería su primer pabellón, pensado para sintetizar, a escala, los valores y características de la nación. El país era consciente de que carecía de un estilo arquitectónico establecido, por lo que una propuesta desde lo autóctono no era una alternativa lo suficientemente convincente. En las palabras de Carlos Antúnez, en una de sus cartas a Pedro Montt:



FIG. 04: Claudio Gay. 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*. Santiago, 79-145., Consultado en Biblioteca Nacional de Chile.

No somos ni México ni Perú, con patrimonio azteca o incaico, fuentes de posible inspiración, ni es tampoco reproducible, en 500 metros cuadrados una casa solariega de 3 patios, con el central convertido en jardín, que tanto impresionan al extranjero. No queda, por consiguiente, otro recurso, a mi juicio, que construir un elegante pabellón adecuado (en Bazáes Yau y Amadori, 57).

Y así fue: la propuesta seleccionada consistió en un diseño inconfundiblemente europeo (FIG. 08). El edificio fue diseñado y construido en Francia, por lo que no sorprende que se haya bautizado Pabellón París. Su materialidad de hierro y orna-

mentos en el estilo *Art Nouveau* lo situaban en la vanguardia de la arquitectura de la época, libre de elementos autóctonos con el fin de mostrarse cosmopolita y evitar cualquier asociación con el mundo incivilizado. Tímidamente, se propuso la inclusión de diseños de copihues en los frisos del cielo. Pero, a fin de cuentas, fue un gesto imperceptible: el edificio era una mimesis del primer mundo. Era una elegante ficción: si bien daba la impresión de que Chile contaba con la máxima tecnología del momento, el Estado chileno no poseía la capacidad constructiva, el desarrollo, ni el vínculo cultural para haber llevado a cabo un proyecto de tal estilo y envergadura.

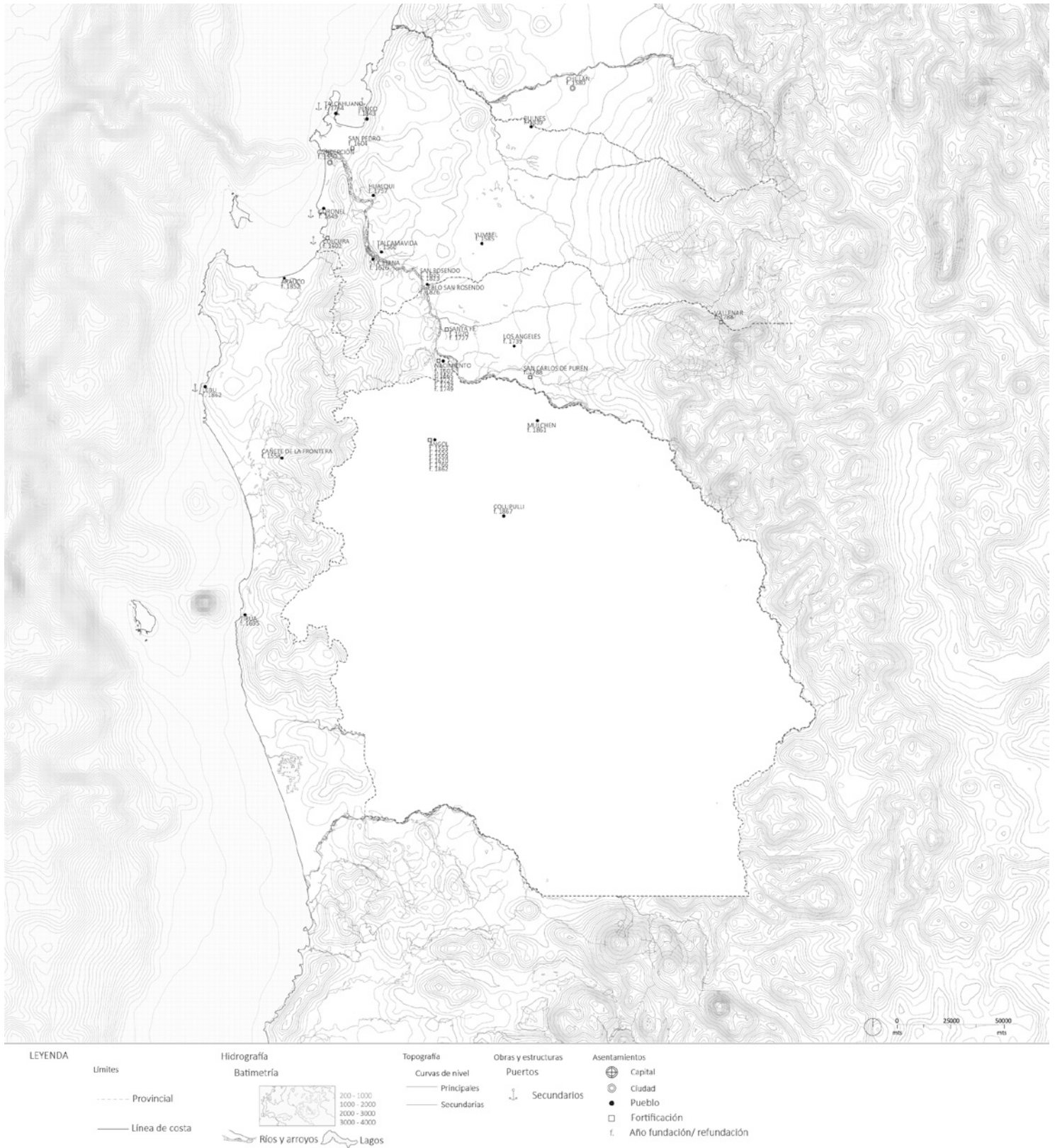


FIG. 05: Cartografía de la colonización de la Araucanía en la época de la Exposición Universal de París, de 1867. (Zoom in). En blanco, se representa el territorio fronterizo de la provincia de Arauco, destacando los asentamientos dentro del sector, con sus años de fundación y refundación (por ser destruidos por los enfrentamientos bélicos). Fuente: elaboración propia a partir de material cartográfico del proyecto Fondecyt 1051034.

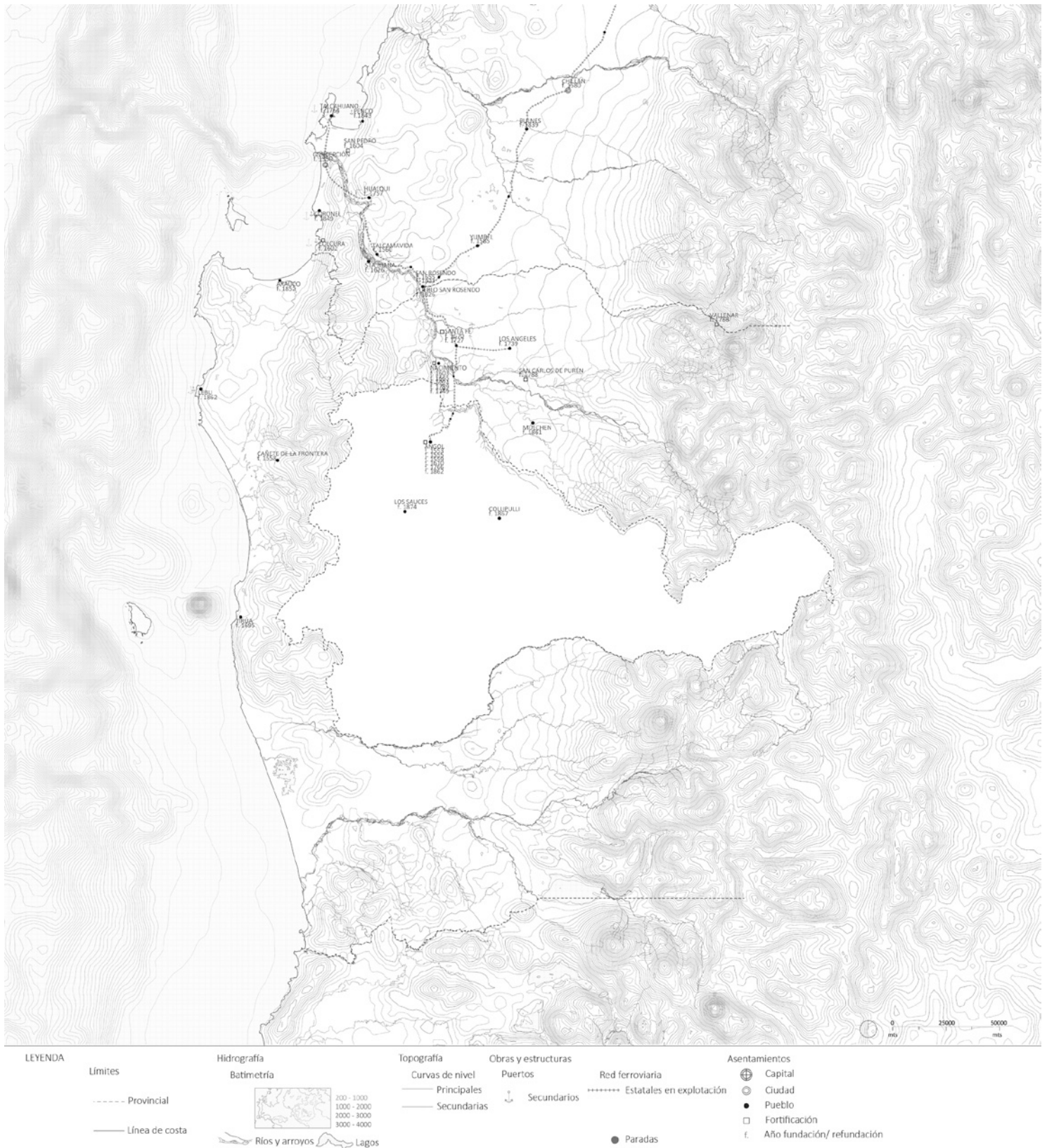


FIG. 06: Cartografía de la colonización de la Araucanía en la época de la Exposición Universal de Filadelfia, de 1876. (Zoom in). El avance militar y los asentamientos de poblados en diversas localidades fue generando que el territorio fronterizo de la provincia de Arauco siguiera disminuyendo en superficie (el denominado Territorio de Colonización de Angol desde 1875). Paralelamente, el ferrocarril del Estado se emplazó en el territorio como mecanismo de anexión. Fuente: elaboración propia a partir de material cartográfico del proyecto Fondecyt 1051034.

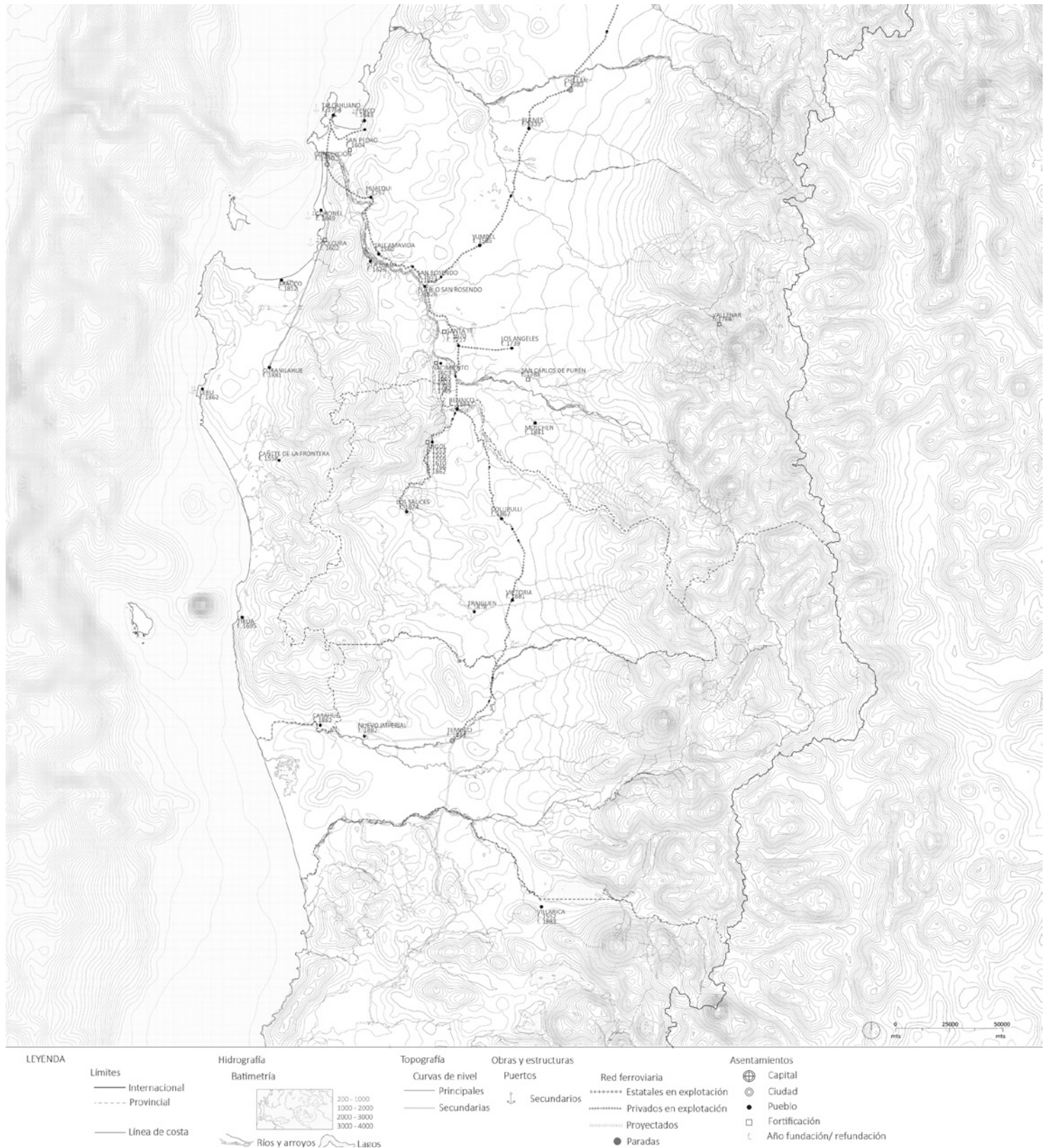


FIG. 07: Cartografía de la colonización de la Araucanía en la época de la Exposición Universal de París, de 1889. (*Zoom in*). Se da por concluido el proceso de conquista de La Araucanía tras la toma de Villarrica en 1883, y, desde el punto de vista político administrativo, desde la creación de las provincias de Malleco y Cautín en 1887. El ferrocarril atraviesa por completo el nuevo territorio para consolidar la soberanía del Estado. Fuente: elaboración propia a partir de material cartográfico del proyecto Fondecyt 1051034.

Las decisiones constructivas y curatoriales del pabellón dejaron al descubierto su falta de solidez conceptual. Aun cuando la muestra consistió principalmente en recursos primarios¹⁵, se incluyó una cantidad importante de obras de arte nacionales —también fuertemente influenciadas por el país anfitrión— entremedio de los anaques de mineralogía, ganadería y agricultura. Pedro Lira, reconocido artista chileno, relató que la comisión organizadora de París no había dado a los artistas chilenos un espacio en la sección internacional del Palacio de Bellas Artes, en su artículo “El salón de 1889” (de la Maza 2013, 65). Dentro de un mismo edificio, la fricción entre los elementos elevados de las bellas artes eurocéntricas y los recursos primarios del territorio chileno delatan a un país que no sabe bien cómo quiere ser visto por el resto del mundo. Desde la mirada finisecular de Chile, Europa —y, ante todo, Francia— eran un ideal que había que alcanzar e imitar, desdibujando su propio territorio para exhibirse como una extensión del primer mundo. El país no se veía a sí mismo, sino desde lo que le hubiera gustado ser, desplazándose de su encuadre cartográfico. Ese pedacito de Francia, tan ajeno en forma a las estructuras nacionales, sólo se dibuja como parte del territorio nacional luego de su viaje desde Europa para ensamblarse¹⁶ en la Quinta Normal —sin duda, reflejo de su crisis de identidad—.

REFLEXIONES FINALES

Cada discurso que ha adoptado Chile —deliberadamente o no— es indicativo de una temporalidad específica, y, si bien los intereses del país han variado, hay un tinte que se ha mantenido: la necesidad de asegurar su posición dentro del propio territorio y el mundo, asociándose a ciertos objetos y a la forma construida para mantener y aumentar su pertinencia. Las participaciones de Chile en las exposiciones universales del siglo XIX marcan la consolidación de un proceso, en que el país precisó sus extremos inestables en paralelo a mostrarse en el exterior (como posteriormente lo hará con el norte a principios del siglo XX). Con sus límites claros, Chile irá ampliando cada vez más su área de influencia en el mapa político mundial.

Es necesario estudiar las transformaciones y rupturas discursivas entre exposiciones para liberar a la historia de su supuesta coherencia. La construcción de la imagen país en el microcosmos de las exposiciones universales se ha caracterizado por esa dinámica oscilante entre la verdad y la ficción, incluyendo y excluyendo, alternativamente, segmentos del territorio junto con la constitución y reafirmación del Estado nación. El discurso nacional tiene implicancias, objetivos, cargas y lecturas hacia afuera y hacia adentro: en la imagen que se proyecta hacia el mundo, pero también en la que se devuelve a nuestro país. Debido a que el ejercicio cartográfico jugó un papel importante en la configuración de identidad nacional, se vuelve una forma de revisión, con la intención de “reconstruir esos relatos aparentemente armoniosos, ahistóricos y naturales” (Lois 2019, 212).



FIG. 08: Pabellón de Chile, París, 1889. Fuente: Library of Congress <https://www.loc.gov/item/92520975/>.

Las exposiciones universales y su reemplazo del mundo real por su representación dejan a la vista la intencionalidad de los discursos nacionales, espacializados a través de su traspaso cartográfico. Como plantea Carla Lois (2017), la referencia de la cartografía no es la realidad, es cualquier tema que tiene la especificidad de desplegarse sobre un tipo de espacio específico y esa naturaleza espacial afecta directa e indirectamente la visibilización del tema en cuestión. La multiplicidad de posibles mapas refleja que la historia de Chile, desde sus inicios en las exposiciones universales, no es un único relato, sino muchas historias particulares referenciadas en un entramado más amplio: un sistema discursivo activo que establece nuevas relaciones de temporalidad entre pasado, presente y futuro. Desde el mapa se refuerza el papel activo del presente a la hora de definir y dar forma al pasado y plantearse interrogantes sobre el futuro. Se desconoce cómo se proyecta el discurso nacional para Chile en sus próximas participaciones; sin embargo, desde la capacidad simbólica del edificio y su muestra, cabe pensar en cómo recuperar y reorganizar lo existente para dotarlo de significado, más que seguir reinventándose.

NOTAS

1- Muchos de los hallazgos que alimentaron la tesis que da origen a este artículo fueron compartidos por todos los estudiantes de los talleres “El edificio-país: Los pabellones de Chile en las expos internacionales” (2021) y “El edificio-evento: Una mirada desde Chile a las expos internacionales” (2022) realizados por los profesores Rayna Razmilic y Sebastián Cruz del Magister en Arquitectura uc.

2- Las quince participaciones son: Londres 1851, París 1867, Filadelfia 1876, París 1889, Lieja 1905, Bruselas 1910, Gante 1913, Barcelona 1929, Bruselas 1935, Nueva York 1939, Osaka 1970, Sevilla 1992, Shanghai 2010, Milán 2015, Dubái 2020.

3- Cada caso aborda cartográficamente el discurso presentado por Chile en las muestras de Londres 1851, París 1867, Filadelfia 1876, París 1889.

4- Este episodio fue desarrollado en profundidad en la tesis “Caja de recuerdos. Tres miradas, en tres relatos a la participación de Chile en la Exposición Universal de Londres 1851” de Lya Jara (2023) en el marco del taller “El edificio-evento: Una mirada desde Chile a las exposiciones internacionales” (2022) del Magister en Arquitectura UC, a cargo de los profesores Rayna Razmilic y Sebastián Cruz. Disponible en <http://doi.org/10.7764/tesisUC/ARQ/74559>.

5- Hubo un proceso de redefinición conceptual de la idea de límite: durante mucho tiempo, los límites podían ser zonas o franjas de bordes difusos, sin embargo, la formación de estados modernos requirió de mayor precisión, entendiendo el límite como una línea cartografiable (Lois 2019, 214)

6- Así es denominada la Patagonia en la cartografía de J. H. Colton: “Argentine Republic, Chili, Uruguay and Paraguay” de 1855.

7- En el catálogo extendido tampoco se reconoce a los proveedores de las piezas.

8- Se consideraron las principales características del relieve del territorio para subdividirlo en provincias: la Cordillera de los Andes, la cordillera de la Costa y la Depresión Intermedia para las delimitaciones de norte a sur, y los ríos para separaciones oriente-poniente.

9- El periodo entre 1867 y 1889 fue de muchos cambios para la fisonomía del territorio nacional y sus relaciones internacionales: 1866, primer tratado de límites con Bolivia. Límite de Chile en el paralelo 24°. Se estableció una zona económica compartida entre los paralelos 23° y 25°; 1881: tratado de límites con Argentina, *Divortium aquarium* hasta el paralelo 52°. Soberanía chilena en el Estrecho de Magallanes, y Patagonia Oriental bajo soberanía argentina reconocida por Chile; 1883, tratado de Ancón. Fin a la Guerra del Pacífico. Chile quedó en posesión de la Puna de Atacama, las provincias de Tarapacá y de Tacna.

10- Ignacio Domeyko, Rodolfo Philippi y Claudio Gay fueron los exponentes más conocidos, hombres de origen europeo que decidieron radicarse en Chile para realizar su aporte científico.

11- En 1852, se nombró territorio fronterizo a una parte de la provincia de Arauco, comprendida entre los ríos Biobío por el norte y Toltén por el sur.

12- Durante estos años, el territorio fronterizo de 1852 se transformó en "territorio de colonización de Angol" en 1875, para finalizar convertido en dos provincias, las de Malleco y Cautín en 1887 luego de la conquista y ocupación de La Araucanía en 1883.

13- Ernesto Greve relata en *Don Amado Pissis* (1946) que ésta fue la respuesta que dio Pissis cuando, el 11 de agosto de 1873, el ministro de Educación le preguntó por qué la hoja N°11 del Plano Topográfico y Geológico a escala 1:250.000 (correspondiente a La Araucanía) no había sido pintada con los colores por medio de los cuales se identifica la naturaleza y la edad de los sustratos rocosos.

14- En la exposición de París 1867, Chile incluyó una variedad de planos de ferrocarriles, incluyendo el tramo de Chillán a Talcahuano (*Chile en la exposición universal de París 1867*, 63).

15- La muestra de 1889 se separó en distintas temáticas: agricultura, minería, industria, estadística y bellas artes, como un esfuerzo de mostrar el progreso nacional de manera íntegra.

16- El Pabellón París se diseñó a partir de piezas modulares que se pudieran desarmar y reensamblar para que la inversión chilena fuera recuperada una vez que finalizara la exposición.

BIBLIOGRAFÍA

Basáez Yau, Patricio y Ana María Amadori Gundelach. 1989. *1889-1989: el pabellón chileno en la Exposición Universal de París*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.

Brown, Wendy. 2010. *Walled States, Waning Sovereignty*. New York: Zone Books.

Catalogue of the Chilean Exhibition at the Centenary of Philadelphia. 1876. Valparaíso: Mercurio Printing Office.

Chile en la exposición universal de París en 1867: catálogo de los objetos remitidos por la Comisión nombrada con este fin. 1867. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.

Corner, James. 2014 (1999). "The Agency of Mapping: Speculation, Critique and Invention". En *The Landscape Imagination: Collected Essays of James Corner 1990-2010*, eds. James Corner y Alison Hirsch, 196-239. Princeton Architectural Press, Nueva York.

Corboz, André. 2004. "El territorio como palimpsesto". En *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*. Barcelona: Ediciones UPC.

Donoso Saint, Max y Rafael B. Sagredo. 2012. *La ruta de los naturalistas: las huellas de Gay, Domeyko y Philippi*. Santiago de Chile: Patrimonio Cultural de Chile. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-124360.html>

De la Maza, Josefina. 2013. "De géneros y obras maestras: la Fundación de Santiago (1888) de Pedro Lira". *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte*, no. 3. http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=117&vo=3

Gay, Claudio. 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*: tomo primero. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8000.html>

Great Exhibition of the works of Industry of all Nations. 1851. *Official Catalogue of the Great Exhibition of the works of Industry of all Nations*, segunda edición. Londres: Spicer Brothers.

Greve Schlegel, Ernesto. 1946. *Don Amado Pissis y sus trabajos geográficos en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

González Leiva, José Ignacio y Patricio Bernedo Pinto. 2013. "Cartografía de la transformación de un territorio: La Araucanía 1852-1887". *Revista de geografía Norte Grande*, no. 54: 179-198.

Harley, John Brian y David Woodward (eds.) 1987. *The History of Cartography*, v. 1. Chicago: The University of Chicago Press, xvi.

Leslie, Frank. 1877. *Frank Leslie's historical register of the centennial exposition*, Frank Leslie's Publishing House: New York.

Lois, Carla. 2012. «"La patria es una e indivisible": Los modos de narrar la historia territorial de la Argentina». *Terra Brasilis* [Online], no. 1. <http://journals.openedition.org/terrabrasilis/138>

Lois, Carla. 2017. «Los mapas y las geometrías del espacio». *Terra Brasilis* 8. Red Brasileña de Historia de la Geografía y Geografía Histórica. <http://journals.openedition.org/terrabrasilis/2029>

Lois, Carla. 2019. «De Las fronteras coloniales del imperio hispánico en América a los límites internacionales entre estados latinoamericanos independientes: génesis de la imposibilidad de un mapa político de Sudamérica consensuado». *REVISTA DE HISTORIOGRAFÍA (RevHisto)*, no. 30: 207-22.

Nazer Ahumada, Ricardo. 1994. *José Tomás Urmeneta: un empresario del siglo XIX*. Santiago de Chile: Via Gráfica. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-98535.html>.

Merryweather, George. 1851. *An essay explanatory of the tempest prognosticator in the building of the Great exhibition for the works of industry of all nations*. London: J. Churchill.

Sagredo Baeza, Rafael. 2013. "La geografía descriptiva de Enrique Espinoza: resumen de un siglo de expansión nacional". En *Geografía descriptiva de la República de Chile*, xiii. Santiago de Chile: Dirección de Biblioteca Archivos y Museos.

Taylor, Peter y Colin Flint. 2002. *Geografía política: economía mundo, estado-nación y localidad* (2a. ed.). Madrid: Trama Editorial, eLibro.

Téllez L., Eduardo. 1989. *Historia general de la frontera de Chile con Perú y Bolivia: 1825-1929*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago, Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile.